

Subscripción En Reus un mes, 1'50 pias. Provincias, trimestre, 5 id. Extranjero, 9 id. Pago adelantado

DIARIO DE REUS

Redacción y Adm. Arrabal Santa Ana 33 Teléfono 39 Anuncios y Reclamos A practica de tarifa Remitidos 1'25 plus linea Pago anticipado

DE AVISOS

Fundado en 1859

Y NOTICIAS

NUMERO SUELTO 5 céntimos. NUMERO ATRASADO 10 céntimos

Según dispone el art. 198 de la vigente Ley del Timbre, cada anuncio satisfará diez céntimos de peseta por inserción.

ESQUELAS DEFUNCION á precios reducido : : : Se reciben hasta las 10 de la noche : : :

PARA ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES

EN REUS Redacción y Administración, Arrabal de Santa Ana, 33, imprenta de D. Celestino Ferrando.

EN BARCELONA Roldós y C.ª, Rambla del Centro, 37.—P. Grañén, Zurbano, 3.—Cebrián y C.ª, Puertaferri, 18.—Kiosco de Narciso España, Rambla de las Flores, frente la Iglesia de Belén.

EN MADRID: Agencia general de Anuncios de España, Alcalá, 6 y 8 EN PARIS: A. Lorette, Rue Rougemont, 14

LIGAS

De Valladolid nos anuncian el nacimiento de una nueva liga ó sindicato: el Sindicato ó la Liga de las criadas de servir.

Nadie en el mundo está contento de su suerte y es natural que renieguen de la suya las cocineras, camareras, niñeras, amas de cría y demás. Si no renegaran de ella serían una excepción de la regla y esta regla no tiene excepción. Es, quizás, la única regla que no necesita excepciones confirmatorias.

Mejorar nuestra suerte ó condición en la vida—pues al mundo hemos venido, digan lo que quieran los misántropos, para estar contentos y no para sufrir—es un derecho y hasta un deber. ¿Cómo lograrlo? Creímos durante siglos que era una tarea individual: la inteligencia, la astucia, la fuerza puestas al servicio de una voluntad enérgica, dieron magníficos resultados. Sin embargo, como los inteligentes, los astutos y los fuertes, fueron siempre el menor número, sólo el menor número mejoraba de condición. Pero al mejorar de condición parecía que no mejoraban de suerte, según seguían quejándose de buena fe, decían ellos, hipócritamente afirmaban los demás.

No sabemos de un modo positivo quién tiene razón, pero, por si acaso, los más hemos querido comprobarlo. ¿Cuál era el medio eficaz? La democracia lo descubrió después de laboriosa gestación. Era preciso llegar á igualarnos en inteligencia, astucia ó fuerza. No hemos descubierto el medio de igualarnos en inteligencia y astucia; pero sí en fuerza. El medio es la unión. Muchas inteligencias obtusas no «hacen» una clara inteligencia, mil torpes no «hacen» un astuto. Como en matemáticas, si más por más da más, menos por menos da menos. En cambio, la unión hace la fuerza, muchos débiles unidos crean una fuerza respetable.

De ahí que hayamos buscado la unión para hacernos fuertes, considerando la fuerza como único medio eficaz de combatir. Tal vez sea este el error fundamental de la doctrina democrática y el origen de sus eternas contradicciones y paradojas.

Pero no discutamos de doctrinas. Veámos los resultados prácticos. Hemos visto que realmente la «unión hacia» la fuerza, creaba fuerzas poderosísimas que combatían victoriosamente á las grandes fuerzas individuales. Sin embargo, la victoria es muy efímera. La fuerza colectiva vence á la fuerza individual; pero la inteligencia y la astucia individuales se rien de la fuerza colectiva como se burlaban de la fuerza aislada. Ved como todas las ligas, Sindicatos, Asociaciones, Trust y demás organismos, fuerfes en apariencia, son impotentes para destruir los privilegios del talento y de la astucia.

Los más continúan siendo de peor condición que los menos. Su

condición mejora aparentemente; un obrero ganaba antes una peseta; hoy gana cinco. Pero el rico tenía antes cien mil duros y hoy tiene cien millones. La misma diferencia, el mismo desequilibrio. No hay ejemplo de «unión» que al alcanzar mejoras para la colectividad no mejore al mismo tiempo la condición del enemigo que pretendía someter.

Y es muy probable que no alcancen mejor resultado las ligas de criadas. Esperemos á ver lo que ocurra en Valladolid. ¿Más sueldo? ¿Mejor trato? ¿Reconocimiento de libertades y derechos incluso el de «sisa»? Es posible y yo deseo ardientemente que lo alcancen. Pero deberán servirnos mejor ó prescindiremos de sus servicios. Y en ambos casos saldán ganando los señores que, con ligas y sin ligas, pagan bien á quien les sirve bien.

Max.

INTERESES PROVINCIALES

El Sr. Nicolau al Excmo. señor ministro de Hacienda

Excmo. Sr. D. Gabino Bugallal, ministro de Hacienda.

Mi distinguido amigo: Según mis noticias, cosa de 80 alcaldes y depositarios municipales de la provincia de Tarragona, gran parte de ellos correspondientes á Ayuntamientos del distrito que tengo la honra de representar en las Cortes, han sido denunciados á los Tribunales ordinarios por el delegado de Hacienda y se hallan actualmente procesados por el delito de malversación de caudales públicos, amén de haber decretado aquel digno funcionario, sin duda en cumplimiento de deberes para él ineludibles, la responsabilidad y apremio personal de los inculcados.

Semejante hecho, que en estos últimos años se está repitiendo en la provincia referida, con dolorosa constancia, y creo que cada vez con mayor intensidad, acusa tal anomalía en la recaudación de los tributos y representa tan honda perturbación en las administraciones municipales y en el gobierno de los pueblos, que bien merece llamar la atención de usted y aun del Gobierno todo, como de seguro habrá ya ocurrido.

Por mi parte, no pudiendo tratar esta cuestión en el Congreso como me proponía, me he de limitar á rogar á usted sea estudiada por la Administración, á fin de que se adopten las medidas posibles y convenientes para restar á la acción fiscal que el Estado se ve obligado á ejercer, el carácter singular que el caso á que me refiero ha llegado á adquirir y que sin exceso de palabra bien puedo calificar de cruel y profundamente perturbador.

Un estado de opinión formado desde antiguo, y en ciertos momentos fomentado con fines prohibidos, contra el impuesto de Consumos, mejor dicho, contra la ferma de recaudarlos y, además, la penuria en que sumió á no pocos pueblos la invasión filoxérica de los viñedos, ya hoy por fortuna en buena parte restaurados, gracias á esfuerzos verdaderamente titánicos, han motivado la resistencia tenaz presentada al pago normal del impuesto referido. La aplicación violenta del artículo 109 de la Instrucción de 23 de Abril de 1900,

con objeto de hacer efectiva, casi de repente la recaudación de los débitos, durante tanto tiempo, de grado ó por fuerza, descuidada, constituye la causa inmediata de la situación actual. Los pueblos, por dificultades insuperables principalmente, no pagaron oportunamente sus cupos á la Hacienda; hoy es imposible también, por regla general, que puedan satisfacer sus atrasos en la forma apremiante que se exige.

Porque no cabe aceptar, como admitió la Instrucción referida con verdadera insensatez, que pueda embargarse el 66 por ciento de las rentas y derechos de todo un Ayuntamiento sin atentar gravemente á la asistencia legal de estas Corporaciones, aun sin contar con que algunas de ellas pueden verse sometidas á un embargo análogo del 25 por ciento decretado por la Diputación para el pago del contingente provincial.

Es evidente, de toda evidencia, que calculados los presupuestos de ingresos (nutridos siempre con extremas dificultades) para atender estrictamente á las cargas y servicios municipales que imponen las leyes é inconveniencias ineludibles ha de ser insuficiente el 9 y aun el 34 por ciento de la recaudación para atender á los gastos del Ayuntamiento, por mucho que éstos se quieran reducir y por grande que sea el cobro de estos atrasos.

El embargo resultará viable cuando se trate de cobrar cantidades relativamente reducidas; en otro caso equivale á la desorganización de servicios sacratísimos al Ayuntamiento confiados, y que el Ayuntamiento no debe abandonar, al conflicto con la Hacienda del Estado, á los expedientes de responsabilidad personal, casi siempre injustos, á procesos verdaderamente intolerables ideados quizá más que con la mira de perseguir verdaderos delitos que no existen, según vienen declarando los Tribunales, con el propósito de arbitrar medios coercitivos que conduzcan á toda costa al pago de sus deudas.

En la provincia de Tarragona todo esto, como es lógico, ha redundado en desprestigio de la Administración pública, ha motivado la desorganización de servicios esenciales, ha alejado de los Ayuntamientos á ciudadanos aptos para ejercer las funciones públicas.

Estimo que en el fondo el procedimiento actual constituye un error y envuelve una injusticia. El Estado impone á los Municipios un encabecamiento forzoso por consumo y les obliga, además, á que efectúen gratuitamente la recaudación. Y cuando no lo gran realizar ésta, en vez de dirigir la acción contra los verdaderos deudores, que son los contribuyentes, según venía haciéndose hasta promulgarse la Instrucción de 23 de Abril de 1900, embarga toda clase de rentas y derechos del Municipio en sus dos terceras partes, aun aquellas que sirvan para atender á servicios ineludibles exigidos por la ley. Es absurdo, es inicuo que pueda darse el caso de que queden desamparados los enfermos de un hospital municipal porque se distraigan en el pago del cupo de consumos, las rentas propias del establecimiento.

Los hechos apuntados demuestran claramente que nos hallamos en situación angustiosa y crítica que á mi entender no conseguirá normalizarse, como se ha pretendido hasta ahora, con la aplicación rigurosa, casi violenta

de las medidas mismas que principalmente la han engendrado, aun reconociendo que no ha habido infracción de las disposiciones que regulan la materia.

Por el contrario, si yo no juzgo mal, el cobro de atrasos considerables más que la obra de esos espasmos momentáneos que va erigiendo en sistema nuestra Hacienda, ha de ser el resultado de una labor perseverante y suave; á tal fin estamos que, á menos de transformar radicalmente el mecanismo de la Hacienda municipal en relación con la nacional, se impone la modificación de la Instrucción citada de 1900, reduciendo el tanto por ciento embargable á un límite que se halle en armonía con la cuantía de la deuda total y la naturaleza de los servicios que haya que atender, ó quizá mejor, volviendo á los preceptos de la Instrucción de 12 de Mayo de 1888 cuando el impuesto se recaudaba mediante repartos vecinales que es el caso más frecuente en la provincia de Tarragona.

Yo me permito dirigir á usted estas indicaciones por si las estima utilizables para llegar á una solución práctica; pero confío más que nada en que, conocida la gravedad y urgencia del caso, la superior ilustración y reconocido interés de usted por el bien público, arbitrarán medios más eficaces para devolver la normalidad á muchos Ayuntamientos y para levantar la grave amenaza de procesos y confiscaciones que pesa sobre honrados ciudadanos que no han sido capaces, porque ello era imposible, de cohonestar intereses y disposiciones legales, prácticamente contradictorios y á quienes bien puede asegurarse que no guiaba finalidad alguna punible, ni siquiera censurable, sino la de prestar gratuitamente un servicio á sus convencinos y á la Administración pública.

Con este motivo se reitera de usted afmo. amigo y s. s. q. b. s. m.,

José Nicolau.

DESDE MADRID

D. Alberto

Así le llamaba el pueblo. El pueblo ignoraba ó no quería acordarse de que el Sr. Aguilera fué gobernador de varias provincias, director general, subsecretario y ministro de la Gobernación. Ni siquiera paraba mientes en que había sido gobernador civil de Madrid. El pueblo sólo veía en Aguilera á D. Alberto, y en D. Alberto á su alcalde, al organizador de los festejos populares, al caudillo de las manifestaciones públicas, al padre de los pobres, á D. Alberto, al D. Alberto de sus más íntimas y ruidosas cordialidades.

Esa es la característica del ilustre hombre que acaba de morir. Era, ante todo y sobre todo, un hombre popular, el más popular de todos en la coronada villa.

Ya estos últimos tiempos su figura de gigante se doblaba. Le llamaba la tierra. En su ancha cara de Hércules, el eterno habano le caía sobre la blanca barba como una rama despedida del tronco. Le brillaban con alternativas fogaces sus redondos ojos, pero un desmayamiento inevitable deshacía en la impotencia de la senectud.

Inclinada la cabeza, aún sobresalía de entre la multitud. Pero su andar era terdo y su decir opaco. Se le iba la vida...

Hace algún tiempo lo encontré en el bulevar de su nombre.

—¡D. Alberto, está usted muy fuerte! le dije.

—¡Apariencias!—contestó amable y triste.

Las gentes creían de buena fé que sería eterno. ¿Cómo comprender Madrid sin D. Alberto Aguilera? ¿Qué sería de su así? ¿qué, del Círculo de Bellas Artes? ¿qué de la cuerda todavía vibrante de la charranga progresista?

D. Alberto era un hombre representativo. En él se encarnaba una época de nerviosas vicisitudes públicas y de tradicionales vicios políticos.

El era el gobernador aequal que con asombro de Pavia entró, frente á la ciudad de Sevilla sublevada, con sólo unos cuantos audaces, para tomar posesión del gobierno.

El era adicto de Sagasta como lo fué de Moret. Ambos le distinguieron con absoluta confianza.

Cuando la guerra de Cuba, se formó una amenazadora manifestación escolar. Sagasta acudió al ingenio y á la audacia de Aguilera. Este apeló al recurso de ponerse al frente de la manifestación, arreglarla, conducirla al ministerio para pedir declaración de guerra á los Estados Unidos... La manifestación había cumplido su objeto. Se disolvió y no se alteró el orden. Entre suspenderla como gobernador ó acudirla para evitar un conflicto al gobierno, optó por lo segundo.

Otro día Sagasta quiso librarse de que el público leyese los atáques de «El Español». Aguilera se encargó de ello.

—¿Cuántos ejemplares tira?—preguntó.

—Cuatro mil.

—¿Pues eso no se arregla con 4 000 perros chicos?

En cuanto se ponía á la venta el periódico, compraba todos los ejemplares.

Días después, no tenía los 4 000 perros chicos. No se inmutó por ello. Al salir la edición, la recogió toda «á fortiori», y la llevó al gobierno civil.

No reparaba en obstáculos. Así hizo lo que hizo. Lo preciso era que quisiese. Queriendo, todo quedaba hecho. Unas veces jugándose la vida, otras jugando lo que podía...

—¿Qué fortuna tiene usted?—le preguntaban una vez.

—¡La de no tener ninguna!—contestó sin vacilar.

Y, en efecto, no teniendo nada ha hecho mucho. Cuando siendo alcalde se realizaron las expropiaciones de la actual calle de D. Alberto Aguilera, pudo hacerse millonario. Se contentó, sin embargo, con que la calle lleve su nombre.

Cuando lo de las latas del Ayuntamiento le correspondieron 40 000 duros. El no tenía una peseta en su casa, pero destinó los 40 000 duros á construir el Asilo de María Cristina. Le cuidó como flor de estufa... Los asilados eran cosa suya.

—¡Voy á ver á mis hijos!—exclamaba. Y se dirigía al Asilo.

A D. Alberto se deben el parque del Oeste y casi todas las principales reformas de Madrid. En las cuestiones públicas, en los alborotos callejeros, en las verbenas, en las epidemias, en las grandes alegrías y los pesares colectivos, Aguilera actuaba de gobernador, de alcalde, de guión, cuando no ejercía cargo alguno. Es que gozaba de inmenso prestigio. En los barrios bajos y en las calles céntricas; en los entoldados y en las casas aristocráticas, D. Alberto era querido y respetado, solicitado y oído con hondo afecto.

Moret se lo tuvo muy grande. Cuando hizo la maleta para emprender su viaje al desierto, se lo comunicó á Aguilera





